



EL MANUSCRITO DE GINÉS DE PASAMONTE



EN el cap. dQ1-22, los protagonistas se topan con una cadena de hombres condenados al remo en las galeras del Rey. Don Quijote pregunta a varios de ellos la causa de su condena (ladrón de casas, cuatrero, alcahuete, burlador de doncellas...). El último a quien pregunta es «un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco». Resulta extraño que Cervantes dé al lector ese detalle del sujeto. Siguiendo con sus preguntas, el comisario informa a don Quijote: «este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman *Ginesillo de Parapilla*..., que él mismo ha escrito su historia... y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales». Esto excita más la curiosidad de don Quijote:

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* —respondió él mismo.

«Aquel género» no es otro que el picaresco, y Ginés es un buen nombre para el travieso protagonista: nada nuevo bajo el sol. Pero desde la primera vez que yo leí ese

capítulo sospeché que Cervantes se refería a un libro que él conocía, que le gustaba, y que al aludirle le hacía propaganda. Es más, podría haber sido su verdadero autor.

El ventero se llegó al cura y le dio unos papeles... que... había hallado en un aforro de la maleta donde se halló la *Novela del Curioso Impertinente*... El cura... vio que al principio de lo escrito decía: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió... que, pues la del *Curioso Impertinente* había sido buena, que también lo sería aquélla, pues podría ser fuesen todas de un mismo autor. (dQ1-47)

este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño. (*Novelas ejemplares*, Prólogo)

A lo que vamos. A primeros de noviembre de 1604 falleció en Valladolid un Hernando Meléndez de Cangas. Como Cervantes, había residido en Sevilla y Madrid, y se conocían de mucho tiempo atrás, si atendemos al elogio que Cervantes hizo de él en su *Galatea* de 1585:

De otro Fernando quiero daros cuenta,
que de Cangas se nombra, en quien se admira
el suelo, y por quien vive y se sustenta
la sciencia en quien al sacro lauro aspira.
Si al alto Cielo algún ingenio intenta
de levantar y de poner la mira,
póngala en éste sólo, y dará al punto
en el más ingenioso y alto punto. (*Canto de Calíope*)

De este poeta Meléndez de Cangas informó el erudito vallisoletano Narciso Alonso Cortés en su obra *Sumandos biográficos* (Valladolid-1939). De la lectura de su testamento se deduce que se dedicaba a hacer gestiones para terceros. En el inventario de sus escasísimos bienes (que casi vivía de prestado) se relacionan muchos documentos relativos a sus actividades, pero también bastantes libros, unos que tenía consigo en Valladolid, y otros en dos cofres que en su día dejó en Madrid «en poder de Juan de Montoya, mercader de libros». Entre las gestiones que se le encargaban también las había relacionadas con el mundo editorial, pues dejó testado que se devolviese al licenciado Calderón de Mena un libro que «me envió... para que le sacase privilegio para ymprimille».

Pues bien, en aquellos dos cofres se encontró «un libro de mano que tiene por principio pasamonte» (*de mano* significaba *manuscrito*). Felipe III trasladó la Corte a Valladolid a mediados de enero de 1601; medio Madrid le siguió (Cervantes incluido), y también lo haría Meléndez de Cangas, habida cuenta de sus actividades, así que aquel «Pasamonte» estaba escrito y había llegado a sus manos antes del cambio de siglo. Si el manuscrito era la única copia, se perdió para siempre jamás.

De la antigua iglesia de San Nicolás en Guadalajara se conserva la lápida de un «licenciado Juan Calderón de Mena y doña Juana de Valdés y Lasarte su mujer... Murió él a 20 de junio de 1585 años y ella a 3 de junio de 1579». Este licenciado era hijo de Pedro Fernández de Mena y María Ucedo del Águila. Ahora bien, no pudo ser él quien encargó la obtención de la licencia a Meléndez de Cangas, pues el testamento de éste detalla que el interesado era «del Consejo del Duque de Osuna, tío del señor don Francisco Mena de Barrionuevo, del Consejo de Su Magestad», y «es mi boluntad que el dicho libro se entregue al dicho señor don Francisco Mena, para que su merçed le ynbie a las hijas del dicho Licenciado Calderon de Mena». Este Francisco Mena de Barnuevo (como se lee en

la *Historia eclesiastica y seglar de la ciudad de Guadalupe*, Madrid-1653) era hijo de Bartolomé (uno de los hijos de aquel licenciado) y Juana de Barnuevo; de modo que el libro hubo de ser obra de Juan Calderón de Mena-hijo, el hermano mayor de Bartolomé. Se entiende que Meléndez de Cangas conocía que Juan había fallecido. En la *Historia eclesiastica...* se lee que tuvo tres hijas: María, Catalina y Juana.

No seré yo quien proponga que Juan Calderón de Mena-hijo hubo de ser el autor de aquel extraviado «libro de mano que tiene por principio pasamonte». Sólo digo que cuando leí la información de Narciso Alonso Cortés me reafirmé en mi antigua sospecha de que Cervantes hablaba de una novela picaresca real, aún manuscrita, y que la edad y el detalle del estrabismo no eran gratuitos, sino que apuntarían a su autor, a quien Cervantes quiso caricaturizar en la figura del galeote, como haría con Vicente Espinel en el cap. *dQ1*-51.

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan